



La enfermedad de la ciudad. Una mirada a la literatura vírica

Irene Ortiz Gala¹

Recibido: 19 de marzo de 2020 / Aceptado: 9 de julio de 2020

Resumen. Este artículo pretende ofrecer una revisión de algunas obras de la literatura vírica para exponer las formas en las que se aborda la noción de contagio. A través de un examen de algunas obras clásicas en torno a las epidemias y, después, de algunos relatos del siglo XX, el artículo presenta los pares dicotómicos que se forman sobre la enfermedad: dentro-fuera y propio-impropio. La escritura del contagio revela su persistencia por la búsqueda del origen y, en ese intento, la producción de una exterioridad que, no obstante, le pertenece al relato. Sin embargo, si la literatura vírica desde su aproximación etiológica produce narraciones basadas en el pensamiento dicotómico, también cuenta con una capacidad de situarse en el margen y expresar las debilidades que acompañan a la lógica dicotómica.

Palabras clave: Contagio; epidemia; literatura; virus.

[en] The disease of the city. A look at viral literature

Abstract. This article offers a review of some works of the viral literature to expose the ways in which the notion of contagion is approached. Through an examination of some classic works about epidemics and, later, of some stories from the 20th century, the article presents the dichotomous pairs that are formed around the disease: inside-outside and proper-improper. The writing of the contagion reveals its persistence by the search for the origin and, in that attempt, the production of an exteriority that, nevertheless, belongs to the story. However, if the viral literature from its etiological approach produces narratives based on dichotomous thought, it also has an ability to stand on the sidelines and express the weaknesses that accompany dichotomous logic

Keywords: Contagion; epidemic; virus literature;

Sumario. 1. La idea de epidemia; 2. El contagio en la literatura del siglo XX; 3. El narrarse de la enfermedad; 4. Conclusiones; 5. Referencias bibliográficas; 6. Filmografía.

Cómo citar: Ortiz Gala, I. (2020) “La enfermedad de la ciudad. Una mirada a la literatura vírica”, en *Escritura e Imagen* 16, 141-153.

¹ Universidad Autónoma de Madrid
irene.ortiz.gala@gmail.com

1. La idea de epidemia

Que el contagio se escribe de muchas formas lo demuestran las obras lo demuestran la gran variedad de obras literarias que dedican a este tema sus páginas abordan este tema. En este artículo nos proponemos revisar algunas de estas obras páginas para atender a la polifonía que se produce en torno al contagio. En primer lugar, examinaremos una cierta forma de narrar la enfermedad a partir de su análisis etiológico, es decir, atendiendo a las causas que han provocado la enfermedad. Varios de los relatos que hemos examinados comparten la preocupación no tanto por qué es o cómo tratar la enfermedad que narran, sino por saber cómo ha llegado a ellos. La retórica del contagio, del peligro que representa el mero contacto con otros individuos posibles portadores de enfermedades –en las palabras de Lina Meruane, los «viajes virales»² – atraviesa un amplio espectro de la literatura que emplea el vocabulario médico como metáfora. Finalmente, expondremos algunos de los problemas que se desprenden de la implementación de medidas inmunitarias para proteger el cuerpo sano.

Un buen ejemplo de la narración de la epidemia nos lo ofrece Tucídes. Con estas palabras da cuenta de la peste que asoló Atenas en 430 antes de nuestra era:

Porque si, por miedo, no querían visitarse los unos a los otros, morían abandonados, y muchas casas quedaban vacías por falta de alguien dispuesto a prestar cuidados; pero si se visitaban, perecían, sobre todos quienes de algún modo hacían gala de generosidad, pues, movidos por su sentido del honor no tenían ningún cuidado de sí mismos entrando en casa de sus amigos cuando, al final, a los mismos familiares, vencidos por la magnitud del mal, ya no les quedaba fuerzas ni para llorar a los que se iban (II, 51).³

La peste de Atenas produce la diferenciación entre enfermos y sanos y conserva esta distinción gracias al miedo de los sanos a contagiarse. Como señala Tucídides un poco más adelante, el miedo al contagio desempeñó un papel crucial en la propia Guerra del Peloponeso, pues obligó a los peloponesios a retirarse de las tierras atenienses por miedo a morir contagiados:

Durante todo el tiempo en que los peloponesios estuvieron en territorio ateniense y los atenienses de expedición naval, la epidemia hizo estragos entre los atenienses, tanto en la armada como en la ciudad: y así se dijo que los peloponesios, al ser informados por los desertores de lo que pasaba en la ciudad y percatarse al mismo tiempo de las incineraciones, cogieron miedo a la enfermedad y se apresuraron a salir del territorio (II, 57).⁴

Sin embargo, es necesario notar que el papel del contagio no se agota bajo la aproximación etiológica a la enfermedad, es decir, no es solo la causa o el origen lo que se busca, sino que, además, aquel fundamenta una lógica que rige la forma de actuar frente a la enfermedad. El contagio excede la aproximación etiológica porque establece, ya desde los fragmentos de Tucídides, una cierta lógica de protección a

² Meruane, L., *Viajes virales*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2012.

³ Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso: Libros I-VIII*, Madrid, Editorial Gredos, 1990, pp. 474-475.

⁴ *Ibidem*, p. 481.

través del aislamiento –habrá que examinar el aislamiento de quién, si del sujeto infectado o del sano–. Frente al peligro que representa la posibilidad de ser contagiado por el contacto con los otros, la lógica del contagio aparece vinculada con la práctica inmunitaria que ofrece resguardo y protección.

Uno de los primeros relatos sobre la inmunización lo encontramos en las obras construidas en torno a la figura de uno de los protagonistas de la *Iliada*: Aquiles. Los espacios dejados por los relatos homéricos fueron colmados por diversos autores que engrosaron los discursos sobre los personajes principales. La leyenda de Aquiles fue ampliamente desarrollada por diversos poetas de toda la Antigüedad hasta la época romana⁵. Para lo que a este artículo interesa, dedicaremos las próximas páginas a algunas narraciones que han añadido complejidad al intento fallido de Tetis de volver inmortal a su hijo.

La inmortalidad conseguida a través del recuerdo de su nombre por el poema homérico quizá permitiera que los poetas posteriores construyeran un mito sobre un posible intento de borrar la mortalidad heredada de Peleo. De esta forma, conviene recordar que en la *Iliada* no se hace referencia a la supuesta inmortalidad de Aquiles que, sin embargo, aparecerá en los poemas posteriores como parte de su leyenda. Un magnífico ejemplo lo encontramos en Apolonio de Rodas, quien narra de la siguiente forma el intento de Tetis de inmunizar a su vástago:

Una pena terrible hirió a este [Peleo], ya que antes no la había visto venir aún [a Tetis] desde el instante en que abandonara su alcoba y su lecho, irritada por causa del ilustre Aquiles, todavía muy niño. Pues ella siempre en mitad de la noche quemaba por alrededor sus carnes mortales con la llama de un fuego. Y por el día, a su vez, untaba con ambrosía su delicado cuerpo, a fin de que se tornara inmortal y apartar de su piel la odiosa vejez. Pero aquel, saltando de su lecho, observó que su hijo querido se agitaba entre la llama; y lanzó, al verlo, un grito espantoso, el muy insensato. Esta, al oírlo, agarró y echó al suelo al niño que gritaba; y ella misma, semejante en figura a un soplo, como un sueño, se marchó del palacio rápidamente y se precipitó en el mar, irritada; y después ya nunca más volvió en lo sucesivo (*Arg.*, IV, 867 y ss).⁶

En esta misma línea, el relato de Apolodoro hace referencia a ese gesto por intentar inmunizar a Aquiles a través del uso del fuego:

Cuando Tetis dio a luz una criatura de Peleo, queriendo hacerla inmortal a escondidas de Peleo, la metía en el fuego por la noche para destruir la parte mortal que tenía procedente de su padre y de día lo ungía con ambrosía. Pero Peleo acechándola y viendo al niño saltar en el fuego, pidió ayuda a gritos. Tetis viendo que se le impedía realizar su propósito, abandonó al niño que aún no hablaba y se fue con las Nereidas (*Bibl.*, III, 171/6).⁷

Una narración diferente ofrece el poeta Publio Papinio Estacio en su incompleta *Aquileida*:

⁵ Grimal, P., *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2001, pp. 39-43.

⁶ De Rodas, A., *Argonauticas*, Madrid, Gredos, 1996, p. 299.

⁷ Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, Madrid, Akal, 1987, p. 102.

Yo misma –¡es horrible! – a menudo llevo a mi hijo bajo el huéco Tártaro y a las fuentes estigias para sumergirlo de nuevo. El vate carpacio me ordena conjurar estos temores con un ritual de sacrificios mágicos y purificar al niño en las recónditas aguas donde la bóveda del cielo acaba su recorrido, donde los confines últimos del Océano y donde Ponto, mi padre, se caldea con los astros que se precipitan. Allí, a deidades desconocidas expiaciones horribles y dones... pero sería largo enumerar todo, y me está prohibido; más bien entrégamelo.⁸

Se trata del primer testimonio literario en el que la inmunidad le es concedida a Aquiles por el baño en las aguas de la laguna Estigia, a diferencia de los textos examinados previamente donde esta aparece como resultado de su paso por el fuego. Lo que, sin embargo, se mantiene constante en todos los relatos, es el intento de Tetis de proteger a Aquiles de la mortalidad heredada de su padre. La mortalidad aparece como la enfermedad de la que Tetis tiene que salvar a su hijo, aun cuando en el intento de otorgarle la inmortalidad pueda perecer como le sucedió a los seis hermanos de Aquiles⁹. Estas historias muestran que aquello que protege también pone en riesgo; lo que cura, también puede ser el motivo de la enfermedad.

Como ha señalado Eula Biss: “El miedo a contaminarnos se basa en la idea, tan extendida en nuestra cultura y en otras, de que algo puede transmitirnos su esencia por mero contacto. Nos parece que el contacto con una sustancia contaminante puede dejarnos contaminados para siempre, y los contaminantes que más tememos son fruto de nuestras propias manos”¹⁰. El sujeto contaminante y contaminado tiende a confundirse con el sujeto que trata de protegerse del contagio. Roberto Esposito ha hecho hincapié en este funcionamiento del paradigma inmunitario que se basa en la dicotomía interior-exterior. La lógica que permite la aplicación de medidas que se arriesgan a convertirse en inmunitario es la que subraya la amenaza externa como nacimiento de todos los males, así “algo penetra en un cuerpo –individual o colectivo– y lo altera, lo transforma, lo corrompe”¹¹.

2. El contagio en la literatura del siglo XX

La primera obra a la que dirigimos nuestra atención es *La peste*, de de Albert Camus, que ya en sus primeras páginas alarma sobre el peligro de las ratas que aparecen muertas en el condominio de Orán y en los alrededores: “Ahora ya se daban cuenta de que este fenómeno, cuya amplitud no se podía precisar, cuyo origen no se podía descubrir, empezaba a ser amenazador”¹². Lo que da inicio a la novela es la aparición de una rata muerta que pasa casi desapercibida y que, más tarde, dado el aumento de roedores muertos por las calles de Orán, obliga al prefecto a tomar algunas decisiones con el objetivo aparente de frenar la peste. Rieux explica así su intervención: “No, he telefoneado a Richard diciéndole que hacía falta medidas completas, no frases, y que había que levantar contra la epidemia una verdadera

⁸ Publio Papinio Estacio, *Aquileida: texto bilingüe*, Sevilla, Padilla Libros, 2012, p. 47.

⁹ Cf. Grimal, P., *Diccionario de etimología griega y romana*, op. cit., p. 40.

¹⁰ Biss, E., *Inmunidad*, Madrid, Dioptrías, 2015, pp. 52-53.

¹¹ Esposito, R., *Inmunitas. Protección y negación de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005, p. 10.

¹² Camus, A. *La peste*, Barcelona, RBA, 1995, p. 17.

barrera o no hacer nada”¹³. Una verdadera barrera que consiga inocular a la ciudad afectada, con todos los sujetos contaminados y potencialmente contaminantes, de aquellos que todavía no han sido infectados. Dentro de la propia ciudad se reproduce el mismo gesto: apartar a los afectados, proteger a quienes no lo están a través de la reclusión de los hombres convertidos ahora en potenciales amenazas para la salud pública. Una vez decretado el estado de sitio, con el consecuente cierre de la ciudad, y aplicadas las medidas de aislamiento de los afectados, la angustia del contagio se convierte en el gobernante de la ciudad. Se mantiene con fuerza la dicotomía entre sujetos contaminados –y contaminantes– y sujetos saludables en constante riesgo. El recelo entre los habitantes de Odán aumenta a medida que el número de muertos por día crece; la epidemia se encarna en cada uno de sus habitantes y los mecanismos dispensatorios, inmunitarios, aparecen en forma de aislamiento de los afectados.

En el comedor, después de una corta ausencia, se vio aparecer al señor Othon, el hombre lechuga, pero seguido solamente de los dos perritos amaestrados. La causa era que la mujer había cuidado y enterrado a su madre y tenía que sufrir la cuarentena. –Esto no me gusta –decía el gerente a Tarrou–. Con cuarentena o sin ella, es sospechosa, y en consecuencia ellos también. Tarrou le hacía comprender que desde ese punto de vista todo el mundo era sospechoso. Pero él era categórico y tenía sus posiciones bien tomadas. –No, señor Tarrou, ni usted ni yo somos sospechosos. Ellos sí lo son.¹⁴

El riesgo siempre lo representan los otros: son ellos los portadores del virus, los que amenazan la integridad de lo propio¹⁵. En cierta forma, Camus reproduce en su novela la dicotomía que atraviesa el discurso del contagio en clave identitaria: los otros están afectados mientras que lo propio es amenazado por la presencia de aquellos y, sin embargo, hacia el final de la novela, la intervención de Tarrou interrumpe la lógica dicotómica que subyace a todo relato sobre el contagio:

Yo sé a ciencia cierta (sí, Rieux, yo lo sé todo en la vida, y lo está usted viendo) que cada uno lleva en sí mismo la peste, porque nadie, nadie en el mundo está indemne de ella. Y sé que hay que vigilarse a sí mismo sin cesar para no ser arrastrado en un minuto de

¹³ *Ibidem*, p. 44. No observo relevancia en relación al tema central La cita de Camus sintetiza, en gran medida, la posición central en los libros de R. Esposito sobre el paradigma inmunitario: el exceso de protección, que puede terminar aniquilando la vida, puede ser igual de peligroso que la ausencia de inmunidad. Esposito reconoce que no puede existir ningún cuerpo -individual o social- sin una cierta dosis de inmunidad y que, por tanto, lo decisivo no es la afirmación o la negación del sistema inmunitario sino la regulación o dosificación de las prácticas inmunitarias de forma tal que no se vuelvan negativas (como una cierta lectura del libro de Camus puede extraer, a saber, que el cierre de la ciudad es una medida autoinmunitaria que fagocita la vida que quiere proteger).

¹⁴ *Ibidem*, pp. 75-76.

¹⁵ Aunque por falta de tiempo no vamos a examinar estas figuras, desde luego el personaje del zombie y del vampiro son dos representaciones claves de portadores con gran potencial de contagio para la comunidad en la que se encuentran. Como vemos en el relato fundacional del género de vampiros de John William Polidori titulado *El vampiro*, Lord Ruthven representa un peligro mortal para todos aquellos que se encuentran a su alrededor: «Todos aquellos a quienes ayudaba Lord Ruthven, inevitablemente veían caer una maldición sobre ellos, pues eran llevados al cadalso o se hundían en la miseria más abyecta», en Polidori, J., *The vampyre*, Arizona, Studies in romanticism, 2010, p. 17 [Traducción mía]. Para una mirada sobre la figura de Polidori y la gestación de la escritura de *El vampiro*, cf. Carrère, E., *Bravura*, Barcelona, Anagrama, 2016. Para analizar el recorrido de la figura del zombi, remitimos a la obra fundacional del género *Night of the Living Dead*, (dir.) George A. Romero, 1968 y *28 Weeks Later*, (dir.) Juan Carlos Fresnadillo, 2007.

distracción a respirar junto a la cara de otro y pegarle la infección. Lo que es natural es el microbio. Lo demás, la salud, la integridad, la pureza, si usted quiere, son un resultado de la voluntad, de una voluntad que no debe detenerse nunca.¹⁶

La firme distinción entre sujeto contaminado-contaminante y sujeto amenazado aparece cuestionada en la intervención de Tarrou; pero, lo que quizá resulte más interesante sea la inversión de significado que realiza entre las nociones de salud y enfermedad. Frente a un cierto relato de un cuerpo sano que solo cuando es atacado –generalmente desde una exterioridad– presenta síntomas de enfermedad, de las palabras de Tarrou entendemos lo contrario: la salud como el resultado de una actividad. Lo natural en su discurso, el microbio, el contagio, la amenaza, solo puede relacionarse con la vida a través de un mecanismo artificial de protección, «una voluntad que no debe detenerse nunca» –y que, quizá, tampoco pueda–. Sin embargo, esto que aparece bajo el nombre de voluntad, esta preocupación por la salud y los mecanismos internos a ella, pueden representar una amenaza para la vida que se protege si adopta la forma de autoinmunidad. Las mismas medidas que protegen la vida en la novela de Camus son aquellas que, interrumpiendo cualquier atisbo de contagio, introducen un hiato en el seno de la comunidad al impedir el desarrollo de la vida comunitaria. Al final de la novela reflexiona Rieux: «A partir del momento en que la peste había cerrado las puertas de la ciudad, no habían vivido más que en la separación, habían sido amputados de ese calor humano que hace olvidarlo todo»¹⁷. De forma análoga, Esposito ha hecho referencia a este tipo de consecuencias en las prácticas de deriva autoinmunitaria: “algo está fuera de duda: en todos estos casos siempre se trata de un «exceso de defensa» del organismo que, en su intento de herir al enemigo, también se daña a sí mismo”¹⁸.

Una suerte de protección negativa de la vida que Camus refleja en las últimas páginas del relato: para poder mantenerse con vida, evitando el peligro de contagio que representan los afectados, la población sana ha tenido que sacrificar su vida en común. El contagio, que permite la inoculación del virus a los sujetos no contaminados, se encuentra también a la base de lo que es la vida comunitaria: aquel no representa una amenaza para esta sino su más tierna constitución. El don que se afirma en la comunidad a través de su circulación funciona mediante el contagio de los miembros, alterando su individualidad al verse comprometida con el encuentro de los otros. Así, no es el contagio lo que acaba con la vida comunitaria, sino su interrupción y, a la vez, esta cesura es necesaria en ciertas dosis para mantener con vida la comunidad. Sin embargo, aunque la pretendida demarcación entre vida e inmunización, entre contagio y protección no sea evidente, los relatos –literarios, políticos y médicos– que se aproximan a la enfermedad se empeñan en mantener una cesura infinita entre ambos –como si no se tocaran, como si uno no fuera el anverso del otro–.

Puede que la obra de Philip Roth, *Némesis*, sea de las pocas narraciones donde se hace explícita la simbiosis entre salud y enfermedad, entre contaminado-contaminante y persona sana en riesgo. A través de la figura del profesor Cantor, el relato recoge las diferentes impresiones de los habitantes de una zona afectada por la

¹⁶ Camus, A., *La peste*, op. cit., p. 158.

¹⁷ *Ibidem*, p. 185.

¹⁸ Esposito, R., *Inmunitas*, op. cit., p. 230.

polio. Una vez más, el patrón de buscar el origen, el foco de la enfermedad, se repite:

Mirad Weequahic, decía, un barrio tan limpio e higiénico como cualquier otro de la ciudad, y es el más afectado. Alguien informó de que pensaban impedir que las asistentes de color acudieran al barrio, por temor a que trajeran los gérmenes de la polio desde los barrios bajos. Otro afirmó que, a su modo de ver, lo que propagaba la enfermedad era el dinero, el papel moneda que pasaba de mano en mano, y añadió que era importante lavarse siempre las manos tras haber tocado billetes o monedas. ¿Y qué me dices del correo, preguntó alguien, no crees que podría propagarla el correo? ¿Qué vais a hacer, replicó otro, suspender la entrega del correo? La ciudad entera se paralizaría.¹⁹

Como sucedía con *La peste*, a medida que aumenta el número de afectados por la enfermedad, las medidas contra esta se vuelven más drásticas y, en general, la búsqueda del origen, del paciente cero, toma formulaciones cada vez más iracundas. Cuando Eugene abandona su ciudad para instalarse en Indian Hill, motivado en parte por el peligro al que se encuentra sometida aquella por la epidemia de la polio, el número de víctimas aumenta y con él la tensión entre los habitantes.

-Las cosas están mal, Eugene. La gente ha puesto el grito en el cielo. Están aterrados. Todo el mundo teme por sus hijos. Gracias a Dios que estás lejos. Los conductores de autobús de las líneas ocho y catorce no quieren ir a Weequahic a menos que les den mascarillas protectoras. Algunos no están dispuestos a ir de ninguna manera. (...) Los forasteros pasan en coche con las ventanillas cerradas pese al calor que hace. Los antisemitas dicen que es por culpa de los judíos el que la polio se propague en esa zona. La culpa es de todos los judíos..., por eso Weequahic es el centro de la parálisis y por eso habría que aislar a los judíos. Se diría que algunos creen que la mejor manera de librarse de la epidemia de polio sería quemar Weequahic con todos los judíos dentro.²⁰

Hasta aquí parecería un relato entre tantos que respeta la dicotomía que venimos subrayando: el yo frente a los otros, la salud frente a la enfermedad, la amenaza que representan los otros y la necesidad de protección. Lo que se desprende de esta búsqueda del origen es la dicotomía que permite trazar unos límites entre los afectados que representan una amenaza para la comunidad y, por tanto, pueden situarse en los márgenes de esta, y la población en riesgo por el peligro que encarnan los afectados. El objetivo último del examen de los caminos que ha podido recorrer la enfermedad que ataca la ciudad, no es otro que la promesa de una posible individuación del origen para, así, poder aislar el foco de la propagación o, como aparece en alguno de los relatos mencionados, aniquilarlo.

3. El narrarse de la enfermedad

Como ha señalado el trabajo de Lina Meruane a propósito de la producción discursiva en torno al síndrome de inmunodeficiencia adquirida²¹, “si hurgamos un instante en

¹⁹ Roth, P., *Némesis*, Barcelona, Debolsillo, 2012, p. 66.

²⁰ *Ibidem*, pp. 142-143.

²¹ De aquí en adelante usaremos su acrónimo en castellano sida.

el pasado encontraremos que a lo largo de la historia se repite la misma escena: la búsqueda del origen del contagio. Detener la enfermedad infecciosa, concebida desde el inicio como un mal foráneo, requerirá, al menos imaginariamente, ir hacia atrás, desandar un recorrido hasta alcanzar el inicio²². Su trabajo sobre la representación del VIH en la literatura nos recuerda cómo la búsqueda de la causa, del origen o del paciente cero es un recurrente en la producción social discursiva sobre la enfermedad. En el caso analizado por Meruane, el sida, es fácil ver cómo la búsqueda del origen llevó, por un lado, a identificar en un asistente de vuelo al paciente cero del virus²³ –en Estados Unidos– y, por otro, a desplazar a África el verdadero foco de la enfermedad. Lo interesante de las narraciones que acompañaron al sida fue que pusieron de relieve la estructura que subyace a las grandes epidemias, a saber, aquella que sitúa el mal fuera de la comunidad. En el caso del sida, una vez más, la retórica del origen sitúa al paciente cero alejado de los límites del cuerpo social: el mal proviene del exterior y ataca un cuerpo sano cuando sus defensas no están lo suficientemente alerta²⁴. Una pregunta se repite no solo al sida sino, en general, a cualquier enfermedad contagiosa que ataque una comunidad: ¿de dónde viene? Establecer un origen es una constante en los relatos sobre la enfermedad; como si un origen exacto pudiera ofrecer una solución igualmente exacta e inequívoca²⁵.

El escritor mexicano Mario Bellatin plasma en su novela *Salón de belleza*, publicada en 1994, la ira furibunda de los vecinos cuando su salón se transforma en el Moridero para contagiados de VIH:

La campaña que se desató en mi contra fue bastante desproporcionada. Tanto, que cuando la gente quiso quemar el salón tuvo que intervenir hasta la misma policía. Los vecinos afirmaban que aquel lugar era un foco infeccioso, que la peste había ido a instalarse en sus dominios. Se organizaron, y la primera vez que supe de ellos fue por una comisión que apareció en la puerta con un documento donde habían firmado en una larga lista. Pude leer que pedían que desalojáramos el local de inmediato. La junta se encargaría después de echar fuego, pienso que como símbolo de purificación.²⁶

Con una lógica muy parecida a la empleada en el relato de Roth, Bellatin llama a la imperiosa necesidad de terminar con el foco de la enfermedad por la peligrosidad

²² Meruane, L., *Viajes virales*, op. cit., p. 68.

²³ En 1984 *The American Journal of Medicine* publicó un estudio sobre el VIH en el que proponía a Gaëtan Dugas como paciente cero de la enfermedad. En el estudio se señalaba que Dugas, como asistente de vuelo, había viajado en varias ocasiones a distintos países africanos donde mantuvo relaciones sexuales en las que adquirió el sida y que después contagió a más hombres en Estados Unidos. Además, en *And the band played on: politics, people, and the AIDS epidemic* (1987), Randy Shilts retrata a Dugas como un sociópata que contagió intencionalmente a varios hombres en Estados Unidos.

²⁴ Sobre esta lógica que tiende a situar al portador del mal en la frontera con el propio cuerpo, Donatella Di Cesare ha acuñado el término exofobia indicando que: «El mal manaría del exterior, el bien del interior. [El problema es que] el interior se reduce cada vez más y se arriesga a implorsionar amenazado por todo aquello que es diferente. Las viejas dicotomías negro-blanco, mujer-hombre, inmigrante-autóctona, encuentran formas actuales», en https://www.corriere.it/opinioni/18_dicembre_01/exofobia-quella-paura-nata-dall-antipolitica-b269a866-f595-11e8-9c84-9babb02b8ffd.shtml?fbclid=IwAR11-Fjrr_WoNXq-F4x0wmOXSiwbZTMbR1dnBIBI9oyV1eBWGie92d90uCG [último acceso: 14/03/2020].

²⁵ Sobre la recurrente búsqueda del origen en la producción discursiva de la medicina ya mencionamos los estudios de Laín sobre la etiología en la Grecia arcaica. Cf. Laín, P., *Enfermedad y pecado*, Barcelona, Ediciones Toray, 1961.

²⁶ «Salón de belleza», en Bellatin, M., *Tres novelas*, Mérida, Venezuela: El Otro @ El Mismo, 2005, p. 40.

que representa para el posible contagio del resto de habitantes del barrio y, además, introduce la necesidad de purificar el Moridero a través del fuego. Los relatos sobre las enfermedades de transmisión sexual, como ha señalado Sontag “siempre inspiran miedo al contagio fácil y provocan curiosas fantasías de transmisión por vías no venéreas en lugares públicos”²⁷. Esta literatura está nutrida por la dicotomía principal entre enfermedad y salud que se reproduce de diversas formas. Quizá una de las más interesantes sea la señalada por Sontag que divide entre “portadores de la enfermedad” y “población en general” o, mejor aún, entre los “sucios” y los “inocentes”²⁸.

La demarcación es una de las funciones principales que cumple el gesto etiológico de los relatos sobre la enfermedad: quién forma parte de los sucios y peligrosos y quién de los sanos e inocentes. Sin embargo, ¿es esta delimitación tan fuerte como parece? El relato de Roth presenta un protagonista que busca el origen de la epidemia que ataca su barrio y que, solo al final, descubre que él mismo es el portador del virus. Escribe Roth que Eugene “no había oído el grito: él era el grito”²⁹. Eugene no puede huir del virus porque este lo atraviesa, y la frontera que antes lo mantenía en el espacio de riesgo, pero al fin y al cabo a salvo, se derrumba cuando descubre que él es portador del virus. *Némesis* comienza con un sujeto sano y termina con un portador. Ambos personajes se resuelven en el mismo y, sin embargo, las formas de narrarse son radicalmente distintas. Cuando Eugene se reconoce como enfermo, el miedo a ser contagiado se convierte en el miedo a contagiar.

Dentro de lo que podemos llamar literatura vírica, son pocos los relatos que se ofrecen desde el sujeto afectado y muchos los que alimentan el imaginario que hemos expuesto sobre el contagio: la enfermedad es el otro y «yo» estoy en riesgo o, en su formulación comunitaria, la enfermedad viene del extranjero y «nosotros» estamos en peligro. En lo que podríamos nombrar como el corpus literario en torno al SIDA encontramos varios relatos en primera persona sobre la vivencia del contagiado. Las narraciones a las que a continuación dirigimos nuestra atención son el resultado de la antología de cuentos cubanos sobre el sida, donde participan algunos de los miembros del taller literario *La montaña mágica*, creado en el sanatorio *Los cocos*³⁰ de La Habana en 1992 y otras personas afectadas por esta enfermedad. Los autores que aparecen en *Toda esa gente solitaria*, antología publicada en 1997, abordan, con diferentes voces y aproximaciones, el enfermo de sida en la Cuba del periodo especial y los sanatorios para portadores.

La primera diferencia que encontramos respecto a los relatos anteriores en torno a la enfermedad y a la metáfora del contagio es que, cuando el que se narra es el portador, el contagiado, la búsqueda por el origen –imprescindible en los relatos

²⁷ Sontag, S., *La enfermedad y sus metáforas*, Barcelona, Santillana, Taurus, 1996, p. 54.

²⁸ Cf. *Ibidem*, pp. 53-58.

²⁹ Roth, P., *Némesis*, op. cit., p. 165.

³⁰ El Sanatorio de Santiago de Las Vegas se crea el 30 de abril de 1986 en el barrio homónimo de La Habana, y será conocido como Sanatorio Los Cocos por el nombre que tenía antes de pasar a ser un sanatorio. El sida fue considerado un problema de salud pública en Cuba 1986 y el gobierno tomó una de las decisiones más cuestionadas y controvertidas en su historia sobre la salubridad pública: internaron obligatoriamente a todos los portadores del virus. Como señalan los editores de los relatos resultantes del grupo de escritura: “La idea de cortar la enfermedad mediante el expeditivo método del internamiento forzoso ha sido fuente de un sinnúmero de conflictos de opinión, tanto en el exterior como en la propia Cuba. Aunque entre la población del país, muy ignorante al principio sobre el VIH y sus posibles formas transmisivas –endosadas privativamente a los homosexuales–, esta medida gozó de un ligero (y egoísta) consenso favorable”, en Fajardo Atanes J. R., y Zayón Jomolca, L., (eds.), *Toda esa gente solitaria 18 cuentos sobre el SIDA*, Madrid, La Palma, 1997, p. 12.

sobre el contagio— tiene poco o nulo interés. Además, como ha señalado Meruane, a finales de los noventa “pensar un origen carece de sentido. Ya se entiende qué cosa es el sida, es sabido también que no es solo una enfermedad de homosexuales, que en el presente de la crisis tanto viajeros como locales son potencialmente infecciosos. No importa de dónde viene porque el virus está aquí y en todas partes y la cura todavía no existe”³¹. En los fragmentos que a continuación examinamos, escritos entre 1992 y 1995, se encuentra ya esta pérdida de interés por el origen ante la imposibilidad de cambiar la situación del contagiado. Arsenio Rodríguez se refiere así a una amiga contagiada a la que visitó en Los Cocos: “Ella tiene idea exacta de cómo lo contrajo. Hoy, quién fue ya no importa, sabe que le quedan tres o cuatro años de vida sin fecha, eso es más importante que definir ese punto oscuro del pasado que no cambiará su estado actual”³².

La literatura sobre el sida, a partir de los años noventa, pierde el interés por el origen de la enfermedad ante la imposibilidad de revertirla. Encontramos una aproximación similar en *Salón de belleza*, donde el regente del Moridero, cuando empieza a notar la sintomatología de “esa enfermedad” no presta ninguna atención a indagar quién fue el hombre que le contagió y en qué situación ocurrió, sino que sigue con los quehaceres de atender al resto de enfermos. Los afectados que se narran en los años noventa han perdido el interés por descubrir el origen porque su vida se encuentra ya prometida a la muerte, y para eso no hay cura. Sin embargo, es importante subrayar que el abandono de la búsqueda por el origen no es igual para la población no afectada que todavía busca un responsable de la epidemia —probablemente extranjero— que ataca su comunidad. De esta forma, relata Roberto Luis Rodríguez Lastra un interrogatorio a los que eran sometidos los afectados:

(“Estuviste en Ghana, pudo ser allí”. Me atormentan los interrogatorios. En vez de ser un enfermo soy un criminal y para más estoy obligado a incriminarme. —Me ubico en el papel del acusado acosado—. ¿Ghana? ¿Qué sucedió en Accra en 1988? La prostituta se introdujo en mi cuarto. Tenía el desespero de la miseria debajo de las prendas. No hicimos nada; yo no podía pagarla. ¿Cómo tenía acceso a las habitaciones del hotel? Y siguen los interrogatorios por ahí, porque debió ser en Accra, ya que no fue aquí. No fue, no fue. Pero te estás muriendo).³³

El contagio y su origen solo tiene importancia para los sujetos sanos, establecer si la enfermedad proviene del extranjero o del interior de la comunidad solo es interesante para el relato político, que se va a ocupar de situarlo siempre fuera de sus límites³⁴. Sin embargo, la delimitación que porta la lógica del contagio atraviesa la

³¹ Meruane, L., *Viajes virales*, op. cit., p. 190.

³² Rodríguez, A., «Masa de Coco», en *Toda esa gente solitaria*, op. cit., p. 33.

³³ Rodríguez Lastra, R. L., «Anticipación de la nada», en *Toda esa gente solitaria*, op. cit., p. 47.

³⁴ Como ha indicado Meruane, durante la década de los ochenta: «A dictámenes tan occidentales como oficiales, que de inmediato asignan responsabilidades a *extranjeros* de toda índole —migrantes económicos, inmigrantes políticos, turistas homosexuales y a más de algún azafato— se suman otras versiones, las científicas, igualmente obsesivas, que aun sin comprender el síndrome, se disponen a cartografiar sus rutas de contagio, trazar, hacia atrás, el punto de inicio», en Meruane, L., *Viajes virales*, op. cit., p. 157. Por otro lado, desde el gobierno cubano, se responsabiliza directamente a Estados Unidos de crear y expandir la enfermedad —el escritor cubano Reinaldo Arenas culpará a Fidel Castro directamente de ser él el artífice de la enfermedad para eliminar a los homosexuales y disidentes cubanos—. Este intento de revertir la dirección del contagio, pensar en los relatos seropositivos que sitúan en las grandes potencias una voluntad de acabar con el sur global, como ocurre con

vida de los afectados en tanto que ellos pasan a ser los portadores de un peligro, una amenaza para la población sana, en última instancia, un peligro para salubridad de su comunidad.

En palabras de Juan Carlos Roque Moreno, miembro del taller literario *La montaña mágica*:

Tú no te das cuenta que a partir de ese muro no existe el tiempo, que ni siquiera somos seres humanos: ¡Somos una nueva especie! Cometimos el delito de contagiarnos y ahora por edicto de no sé quién carajo, somos hasta clasificables: «Confiable» es la palabrita. O por qué tú crees que salimos más tiempo de pase y hasta solos. Esos son privilegios, Abel. ¡Cuidado! Ser confiable aquí adentro es como ser pincho o burgués. ¡Pertenece a la élite! Tú sabes que si no eres confiable, eres mierda, y si confiable, mierda también.³⁵

El confiable, aun con sus pequeños privilegios, no deja de ser una persona degradada a la que le es negada la posibilidad de vivir fuera del sanatorio porque representa un peligro para la salubridad pública. El sacrificio de las vidas de los portadores del virus que realizó el gobierno cubano traslada a la política la lógica autoinmunitaria del propio sida: las medidas de seguridad para proteger a la comunidad cubana se vuelven contra la propia comunidad –no podemos olvidar que las personas internadas en los sanatorios formaban parte de la comunidad que entonces se protegía de ellos–. Este oxímoron entre una oferta de seguridad y la aniquilación de la vida que protege, la del afectado, ha sido señalada por Migue Ángel Fraga Castillo, miembro de *La montaña mágica*:

Estamos en Cuba. Los especialistas viajan al extranjero, realizan su propaganda, muestran las estadísticas, comparan las víctimas, compran sus pacotillas. Indiscutiblemente aquí se está mejor. Aislado, pero seguro. Error, alguien no está conforme con la palabra «aislamiento». La gente de aquí sale y entra; puede hasta visitar a sus familiares. Está claro, ya lo dijo usted, puede hasta... Hay quien dice que es un hormiguero, pero alrededor solo veo alacranes.³⁶

La creación de un hormiguero, de un espacio seguro para los afectados pero, mucho más importante, que ofrece seguridad para la población sana, ¿es una medida inmunitaria o autoinmunitaria?³⁷. Los relatos surgidos en torno al sida en estos años

Arenas o Pedro Lemebel, es un recurrente de estos primeros años. Cf. Arenas, R., *El color del verano o nuevo Jardín de las delicias*, Barcelona, Tusquets, 2010; Lemebel, P., *Loco afán: crónicas de sidario*, Barcelona, Anagrama, 2000.

³⁵ Roque Moreno, J. C., «Bajo la rueda», en *Toda esa gente solitaria*, op. cit., p. 107. Confiable era el status que recibían aquellas personas contagiadas que podían salir del sanatorio, a veces incluso solos, a visitar a sus familiares. Este status era otorgado por una comisión creada *ex professo* que establecía la confiabilidad que merecía la persona contagiada a partir de su buena conducta en el sanatorio. «Los privilegios en este orden tan ansiado podían contarse con los dedos de una mano: posibilidad de salir solo (sin compañía obligada) los reducidos fines de semana o en caso de cualquier necesidad o contingencia. Y también una forma subjetiva de ascender en la escala de valores de las autoridades competentes, lo cual –como se dice en el pueblo– uno nunca sabe cuándo y para qué le va a hacer falta», en *Ibidem*, p. 14.

³⁶ Fraga Castillo, M. A., «¡Ay, Virgilio!», en *Toda esa gente solitaria*, op. cit., p. 186. El autor ha publicado recientemente *Casa cercada* (2018), el diario que escribió durante los cinco años que duró su estancia (1992-1997) en *Los Cocos*. No podemos dejar de resaltar la importante labor de rescate de literatura cubana de los años noventa que está realizando la editorial La Palma en su colección titulada Cuba.

³⁷ El problema presenta una difícil solución: por un lado, es cierto que Cuba se convirtió entre 1986 y 1996 en

apuntan a una deriva autoinmunitaria de las políticas adoptadas para prevenir el contagio a la población sana. También sobre el riesgo autoinmunitario de las medidas contra la peste parece dirigir su mirada Camus cuando señala: «Y, sin duda, por lo menos al principio, es evidente que el sentimiento natural de las familias quedaba lastimado. Pero, en tiempo de peste, esas son consideraciones que no es posible tener en cuenta: se había sacrificado todo a la eficacia³⁸. Las consecuencias de las políticas de protección inmunitarias han sido detalladamente estudiadas por Esposito, que ha señalado cómo el mecanismo de exterminar la enfermedad puede traducirse en fagocitar la vida: “dar muerte a la muerte –el sueño autoinmunitario del hombre– se revela una vez más como algo ilusorio: no puede sino revertir en la muerte del propio matador”³⁹.

3. Conclusiones

El contagio se escribe no solo desde la dicotomía de *ya* contagiado y *potencial* contagiado, sino que, más bien, podríamos decir que transita en esa polaridad. Así, el escenario que dejan los relatos sobre el contagio no es reducible a las figuras de los amenazados y los amenazadores, los sanos y los contaminados. Por el contrario, lo que una mirada atenta expone es que, más bien, los sujetos que habitan una determinada comunidad y que, por consiguiente, se encuentran ya desde siempre emparentados, comparten el destino de afectados y afectantes. Solo una lectura simplista permitiría olvidar que los casos de donación y contaminación se producen en el seno de una comunidad y que, por tanto, los límites entre el sano y el afectado no pueden ser muy rígidos. Sin embargo, es esta cesura la que permite crear discursos que sitúan, generalmente, el origen de la enfermedad en el exterior, en última instancia encarnado en el extranjero. No es nuestro cuerpo, es el que está al lado; no es nuestra comunidad, es la que hace frontera. Esta lógica del contagio basada en la dicotomía construye relatos que obligan al blindaje frente al otro. Lo que revelan las narraciones consultadas es que los férreos límites del yo no son, ni pueden ser, tan rígidos como presuponen los protagonistas de estas historias. Ni el cierre de Orán puede librar a Tarrou del contagio, ni la huida de Weequahic evita que Cantor esté contagiado. La pretensión narrativa de construir un yo protagonista que se enfrenta a los otros se desborda ante el contagio y la donación continua que se da, y no puede no darse, al habitar una comunidad.

Además, debemos considerar si, como se desprenden de los relatos de los residentes de *Los Cocos*, se puede «sacrificar» la vida de los enfermos en nombre de evitar el contagio. Las medidas de protección de la población sana necesitan de una previa delimitación de quiénes son los sujetos potencialmente contaminantes para, después, aislarlos y evitar el contacto con los primeros. La búsqueda del origen es

el país con la incidencia de VIH más baja del continente, por el otro, esto fue posible por la reclusión forzosa que realizó de centenares de personas en estos sanatorios. Si seguimos con la lógica empleada en el apartado anterior, podríamos decir que se trata de una medida autoinmunitaria que, para salvaguardar la vida la fagocita en sanatorios. Solo porque los afectados pasan a ser considerados ciudadanos de segunda clase, peligrosos hombres y mujeres portadores de muerte, pueden ingresar, muchos contra su voluntad, en estos sanatorios. Para una entrevista sobre este propósito a Miguel Ángel Fraga, que pasó cinco años recluso en Los Cocos, véase http://www.diariodecuba.com/cultura/1528740904_39957.html [Último acceso: 14/03/2020].

³⁸ Camus, A., *La peste*, *op. cit.*, p. 111.

³⁹ Esposito, R., *Bios. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 201.

una práctica discursiva que tiende a poner fuera del narrador la enfermedad. Solo entonces se entiende el afán por definir, y después cercar, quién es el infectado. La producción literaria que asume esta forma de aproximarse a la enfermedad construye dicotómicas que producen un tipo de conocimiento que excede la naturaleza médica. En este sentido, la escritura sobre la enfermedad adopta un vocabulario político, de guerra. La búsqueda de origen tiende a reproducir la lógica bélica que sitúa en el exterior al enemigo. Los límites que la escritura del yo presupone al cuerpo, sin embargo, se ven debilitados en los últimos relatos examinados que tienden a desdibujar el par interior-exterior. La literatura vírica delata que la delimitación entre la salud y la enfermedad responde a la voluntad por mantener un razonamiento dicotómico que, sin embargo, el propio narrar termina borrando.

4. Referencias bibliográficas

- Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, Madrid, Akal, 1987.
- Arenas, R., *El color del verano o nuevo «Jardín de las delicias»*, Barcelona, Tusquets, 2010.
- Bellatin, M., *Tres novelas*, Mérida, Venezuela, El Otro @ El Mismo, 2005.
- Biss, E., *Inmunidad*, Madrid, Dioptrías, 2015.
- Camus, A., *La peste*, Barcelona, RBA, 1995.
- Carrère, E., *Bravura*, Barcelona, Anagrama, 2016.
- De Rodas, A., *Argonáuticas*, Madrid, Gredos, 1996.
- Di Cesare, D., «Exofobia, quella paura nata dall'antipolitica», en *Il corriere della sera*, 1 de diciembre de 2018, disponible en: https://www.corriere.it/opinioni/18_dicembre_01/exofobia-quella-paura-nata-dall-antipolitica-b269a866-f595-11e8-9c84-9babb02b8ffd.shtml?fbclid=IwAR11-Fjrr_WoNXq-F4x0wmOXSiwbZTMbR1dnBIBI9oyV1eBWGie92d90uCG [último acceso: 14/03/2020].
- Esposito, R., *Inmunitas. Protección y negación de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.
- Esposito, R., *Bios. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.
- Fajardo Atanes J. R., y Zayón Jomolca, L., (eds.), *Toda esa gente solitaria 18 cuentos sobre el SIDA*, Madrid, La Palma, 1997.
- Fraga, M.A., «Pudieron encerrarme en un sanatorio, pero no quitarme la palabra» (entrevista con Rodríguez López, Y.), en *Diario de Cuba*, disponible en: véase http://www.diariodecuba.com/cultura/1528740904_39957.html
- Grimal, P., *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2001.
- Laín, P., *Enfermedad y pecado*, Barcelona, Ediciones Toray, 1961.
- Lemebel, P., *Loco afán: crónicas de sidario*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- Meruane, L., *Viajes virales*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Polidori, J., *The vampyre*, Arizona, Studies in romanticism, 2010.
- Roth, P., *Némesis*, Barcelona, Debolsillo, 2012.
- Sontag, S., *La enfermedad y sus metáforas*, Barcelona, Santillana, Taurus, 1996.
- Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso: Libros I-VIII*, Madrid, Editorial Gredos, 1990.

5. Filmografía

- Fresnadillo, J.C., *28 Weeks Later*, 2007.
- Romero, G.A., *Night of the Living Dead*, 1968.